

CON JORGE ARBELECHE, JUNTO AL RECUERDO DE JUANA DE IBARBOUROU

Andrés Echevarría

Una voz amable

Comienza la década del sesenta y Jorge Arbeleche visita con asiduidad a la septuagenaria escritora en su domicilio de 8 de Octubre 3061. En algunas ocasiones golpea la puerta principal y recibe desde la balconada la llave con la que se introduce en la casa. Allí lo espera siempre Juana de Ibarbourou, quien protagonizara unos de los pasajes más importantes de nuestra literatura y ahora está sumida en un aislamiento que contrasta las vivencias de la proclamada alguna vez “Juana de América”. Juanita lo convida con vino oporto y galletitas; su permanente gesto amable sería descrito por Ramón Mérica al celebrarse los cincuenta años de Las lenguas de diamante: “...una dulzura incomparable. La misma dulzura que empapa sus palabras, es decir, los recuerdos que llegan con palabras, que atraviesan medio siglo de gloria para hacerle estallar: ¡Ya cincuenta años! ¡Cómo pasa el tiempo...!”¹

Con los años crecerán el intercambio, la admiración y los afectos con el joven poeta. Entre los tantos obsequios que le ofrece Juana, fiel a su vocación de anfitriona generosa, se destaca un libro, edición de lujo y último ejemplar que le queda, donde asoma la dedicatoria: “Para Jorge Arbeleche, en nombre de sus dos madres, la que está en la luz de Dios y esta otra que continúa padeciendo la sombra terrena. Juana de Ibarbourou”. Es el año 1968 y Arbeleche ha perdido recientemente a su madre biológica.

—Vayamos al comienzo, a tus primeros contactos con Juana.

—Mi primer contacto con Juana deriva de cuando era un niño pequeño, de unos cuatro o cinco años. Existía en esa época lo que se llamaba *El libro del bebé* y, cuando yo nací, alguien me regaló ese álbum para poner las fotos. Este *libro del bebé* venía con dibujos, pero junto con los dibujos traía canciones de cuna y estas eran las canciones de Natacha. Recuerdo escuchar: *La loba, la loba, le compró al lobito...* que mi madre me cantaba, haciéndome los cuentos de la loba y el lobito.

¹ *El País de los Domingos*, suplemento del diario *El País*, 10 de agosto de 1969.

Esto me atraía, había un misterio detrás de ese *lobito feo*. Con los años entendí que allí existía un núcleo de poesía profunda; no es nada común que se hable de una madre que saca a pasear a su *hijito feo*, no se inscribe dentro de la tradición oral de los cuentos infantiles. Me seducía, junto con el encanto de la música, del ritmo de esas canciones, esas letras: *por los caminitos / de Jerusalén, / va un niño rubio / camino a Belén*; existía una magia en el *pajarito chino / de color añil*. Esa magia es otro nicho de la poesía, de la poesía profunda. Entonces, mi primer contacto con Juana viene de niño, cuando ya escuchaba esas canciones sin saber su autor. Con los años, en la escuela y luego en el liceo, leí algunas cosas de Juana ya sabiendo de quién se trataba. Me gustaban sus textos en la misma medida que me gustaban otras composiciones, el idioma español y la poesía de autores como Rubén Darío; ya se manifestaba en mí una inclinación hacia la literatura en general. Luego comencé a escuchar leyendas alrededor de Juana: que nunca salía de su casa, en fin, toda esa aureola de misterio que se fue construyendo a su alrededor.

—Llega el momento de conocerla personalmente.

—Un día en el cual yo estaba trabajando en Enseñanza Secundaria como adscripto, concurre el alumnado del colegio Alemán a rendir sus exámenes. En ese entonces tenía veinte años, era muy joven y hacía un año que trabajaba allí. Me mandan a integrar la mesa que tomaría los exámenes a los estudiantes ante la ausencia de un profesor. Como docente de ese colegio privado, concurrí la profesora Dora Isella Russell, quien luego se molestaría conmigo cuando comencé a trabajar sobre Juana, pues ella pretendía tener la exclusividad de estos estudios. Pero en ese momento me resultó muy agradable y comencé a consultarla sobre Juana, que era su amiga. Le sorprendió mi interés y me preguntó si quería conocerla, a lo cual le respondí impactado que sí, que por supuesto. Me dijo que la llamara dos días después ya que iba a hablarle al día siguiente anticipándole mi llamada. Para mí fue toda una aventura. Esperé estos dos días y llamé. Me atendió una voz amable, que me trató de *usted*. Yo nunca la tuteé, pero ella sí lo hizo después. Me invitó a ir a su casa el sábado siguiente; lo comenté en mi hogar sin causar nada más que una cierta curiosidad por parte de mi familia; no lo tomaron como algo excepcional, ni yo tampoco lo hice en ese momento. Lo sentí como algo importante, claro, lo viví con cierta ansiedad.

— ¿Cómo te recibió?

—Me recibió muy amorosamente en donde era su casa y donde ahora funciona el instituto Pearson Education, en su hogar muy de estilo, arreglado con buen gusto. Estaban presentes unas cinco personas: recuerdo que estaba Abel Piñeyro, un poeta que se suicidó muy poco después; también quien es ahijada de Juana, Socorrito Villegas, la cantante, con quien mantengo una relación de amistad desde entonces. Esto que cuento era en el año mil novecientos sesenta y cuatro. No recuerdo de qué hablamos; lo que sí recuerdo es la sensación, una sensación de haber estado toda la vida allí. Al poco tiempo comenzamos a comunicarnos; yo la llamaba o ella me llamaba. Le mostré algunos de mis poemas, a los cuales les hizo dos o tres apreciaciones. Sobre un poema que después no recogí y donde ponía *un mediodía esplendoroso*, por ejemplo, o sea un adjetivo muy convencional, ella me dijo: *No ponga ese adjetivo; en lugar de esplendoroso ponga rojo, en poesía hay que sugerir más que decir*. Entonces comencé a sentir el manejo del oficio, de las palabras, del conocimiento de la lengua. Después, en ese período, ella tuvo un problema con sus ojos, de cataratas según me comentó. Yo soy amigo del Dr. Carlos Solís, sobrino del oftalmólogo Rodríguez Barrios, a quien le pedí una entrevista para Juana y ella me lo agradeció al ser atendida de forma inmediata. Al poco tiempo recibo un sobre con un cortapapel y un mensaje: *Muy estimado amigo Arbeleche: esta pieza que me ha acompañado durante muchos años es una mínima atención que quiero que usted tenga...*; una tarjeta preciosa que perdí con las mudanzas y los años. El cortapapel está ahí, lo he tenido siempre conmigo. A partir de ese momento nuestra relación se dio con mucha naturalidad, nos llamábamos muy seguido y había una buena relación de amistad. Cuando mi madre murió, ella me dispensó una actitud muy maternal. Reconozco que en mí hay una correspondencia afectiva, emocional, muy profunda, pero también entiendo que sé distinguir las distintas capas; he realizado un estudio formal de su obra, más allá de mi relación personal.

El alma se llena de confianza

Juana Fernández nace el 8 de marzo de 1892 en Melo, Cerro Largo. Apadrinada por el caudillo Aparicio Saravia, su contexto rural y vivencias infantiles influirán en gran parte de la obra de la futura Juana de Ibarbourou. El padre, gallego y anticlerical, es semilla de esa dicotomía frente a una madre que contempla amorosamente cada aventura de su hija. Juana es temperamental desde sus primeros años;

en la adolescencia ya surgen versos con su particular impronta.

—Uno de los primeros poemas publicado por Juana Fernández en Melo en el año 1908, cuando tenía tan sólo dieciséis años, titulado “Días serenos” (para el joven Casiano Monegal), ya contiene trazos que identificarán su creación poética. El poema apareció en *El Deber Cívico*, y sus primeros versos dicen: “Hay días de esperanza en que el futuro / Radioso y esplendente presentimos”; más adelante: “En que mueren las dudas y temores / En que el alma se llena de confianza”.

—En ese poema ya había una firmeza. Y pensar que no tuvo una educación más allá de la que se estilaba en esa época, hizo la escuela y poco más. Creo que ella tenía una gran intuición y luego se fue formando, leyendo a los clásicos, pero a los dieciséis años aún no los había leído. En este poema hay una serie de palabras que evidencian una estructura mental diferente: el adjetivo *radioso*, por ejemplo. Después está esa afirmación vital, que se confirma cuando se casa en mil novecientos trece y viaja a distintos lugares con su marido militar, veinte años mayor. Vive en Tacuarembó, Rocha, Rivera, en varios sitios del país, y demora en venir a Montevideo. Estos primeros poemas publicados en Melo, luego no son recogidos en su primer libro; aquí se ve una apreciación autocrítica. La narrativa de Juana, que nace también muy temprana, es bastante desconocida. La narradora no nace con Chico Carlo, sino mucho antes.

— ¿Qué pudo aportarle a esa poeta incipiente sus vivencias en el interior?

—Creo que fueron años de nutrición, de conocimiento de sí misma. La afirmación de los lazos familiares como aparecen en Chico Carlo. Conocí la casa donde vivió en Santa Clara de Olimar, poco después de publicar *Las lenguas de diamante*, y es una casa humilde, de pueblo. Esa mujer que recibía elogios de Unamuno vivía allí.

—En la obra de Juana existe un volver constante a ese entorno de la infancia.

—Un retorno que es como una búsqueda de la felicidad y ella consigna una suerte de ecuación: felicidad-infancia, felicidad-paraiso perdido. Dice que todos los niños son felices; particularmente no sé si es así, pero Juana idealiza esto. No creo que esto sea tampoco particular de

ella; todos en algún momento evocamos la infancia como un momento especial de nuestras vidas. Se muestra también muy apegada a su madre, quien muere recién en el año cuarenta y nueve. No tiene la misma relación con su padre, a quien menciona poco; en cambio su madre aparece mucho en su obra como una imagen de bondad y comprensión. El padre es un inmigrante gallego que viene de un pueblo de montaña llamado Villanueva de Lorenzana, cuya biblioteca municipal lleva el nombre de Juana, y que llega en la misma época de Alonso y Trelles. Uno se va para el departamento de Canelones, convirtiéndose después en El Viejo Pancho, y el otro al departamento de Cerro Largo. Vicente Fernández es el gallego que llega a Cerro Largo y tiene la virtud de enamorar a una criolla, como era Valentina Morales. De ahí nace ese matrimonio con dos hijas que tienen una diferencia importante de edad. Juana es la menor y Basilisa la mayor, pero el padre de la futura poeta mantiene una relación paralela e incluso abandona la casa legal. Con esta otra pareja tiene otros hijos, uno de los cuales es Eustaquio Fernández, que llega a ser amigo de mi padre y de mi tío, además de colega, ya que eran los tres arquitectos. Juana intenta acercarse a este hermano por parte de padre, y él es el que no quiere este acercamiento. Después conocí personalmente a las hijas de Eustaquio Fernández a través de la docencia en literatura; resultaron muy agradables y me consultaron sobre esta célebre tía, ante la negativa de su padre para tratar este tema.

—Muchos de los poetas precedentes o contemporáneos venían de una extracción burguesa.

—Que no es el caso de Juana, claro. Pero tampoco creo que ella sea esa especie de milagro con el que han querido explicar su caso. Es importante señalar que Juana no nace por generación espontánea, sino que existió una maduración. Creo que tenía una zona de inteligencia por un lado, de intuición y sensibilidad por otro; una acumulación de lecturas desperdigadas, desordenadas, y luego un afán unido a la certeza de un destino. Quizá la palabra *destino* sea una palabra demasiado rimbombante, pero sí sería adecuado hablar de una vocación, de una vocación clarísima.

—Conjuntamente con esta vocación, también parece asomar una rebeldía. En el caso de este poema temprano, confiesa su devoción religiosa mientras convive con un padre ateo que le prohíbe, por ejemplo, casarse por iglesia.

—Esa rebeldía es una línea estructural de toda su obra que la generación crítica del cuarenta y cinco leyó mal y no supo ver. Fue una torpe visión la de esta autodenominada generación crítica; en muchos casos demolió sin profundizar. Considero que la crítica también puede ser un acto de creación, pero al repasar estas injustas consecuencias lo que asoma es sólo un acto de destrucción sin aportes sustanciales. Las generaciones que siguieron se colgaron a esa crítica sesgada que fue perezosa y mecánica. La rebeldía de Juana existe hasta el final. Es una mujer que tiene sus inquietudes, sus intereses, preocupaciones. No es una feminista, pero es una mujer adelantada en su tiempo

—Tuviste la oportunidad de viajar a Melo bastante después de conocer a Juana de Ibarbourou. ¿Qué significó para ti conocer esta ciudad?

—Fui mucho después y conté con la generosa guía de la profesora Ethel Dutra, quien vive en esta ciudad, estudiando y defendiendo la obra de Juana. A Melo yo la tenía idealizada, era una imagen literaria, no era una imagen real. Y cuando el ómnibus ingresó a Cerro Largo —que es un paisaje extraordinariamente bello—, entendí que me encontraba con el escenario de *Las lenguas de diamante*, que era tal cual. Lo que Juana decía en ese libro era real, era verdad. Toda esa cantidad de yuyos, de plantas, de árboles que ella nombra, no es un catálogo de herboristería, es la realidad sensible de su niñez. Había nombres de plantas que yo no conocía, debía recurrir al diccionario, pero para ella eran nombres que acompañaron esas tempranas vivencias. Ella transmite los elementos reales y ese es uno de los méritos que ya señala Ida Vitale en su estudio: la naturaleza que refleja Juana en su poesía es una naturaleza real, verificable, no es la naturaleza ensoñada de Zorrilla de San Martín en *Tabaré*. No es *serpiente azul de escamas luminosas*, que es una rica imagen, pero que es solamente una imagen poética. Juana dice *arroyo Conventos* y *río Tacuarí* cuando se maravilla del agua corriente. Es muy importante comprender el cambio de la voz poética que acontece con Juana si la comparamos, por ejemplo, con su antecesora Delmira Agustini. Delmira había fallecido tan sólo cinco años antes de la aparición de *Las lenguas* y ejercía mucha influencia en nuestro medio; sin embargo, la propuesta de la melense cambia sustancialmente la voz y el tono poético percibido hasta ese momento.

“Y una linda mañana, Doña Juanita, linda como aquella mañana, apareció en el caserón de la Plaza Matriz (frente al Club Uruguay), donde tenían sus redacciones La Razón y El Siglo.

La joven señora conducía de la mano un niño. Un niño pulcramente vestido, bonito. Era su hijo. Y tocándole la frente con aquellos dedos rosados que, a veces, semidormida ella, solía punzarle las finas agujas de hacer finas labores, me dijo: —Quiero dejarle un libro de versos para ser digna de él—.

Todo esto sucedía en un amplio salón, en uno de cuyos rincones tenía yo mi mesa. Doña Juanita me entregó unos cuantos cuadernos escolares, en cuyas rayadas páginas, ella con letra clara, aunque casi infantil (he sido el primero en hacer grafología en Uruguay), había copiado racimos de sonetos y otros breves poemas a cual más fragante y original.

En concreto: aquella Doña Juanita quería saber cómo me impresionaba su lírica cosecha. Y si me gustaba, éste era su ruego: que le hiciera un prólogo. Lo demás, la edición de un pequeño libro, corría por su cuenta. Mi respuesta fue, sorprenderla a los pocos días con el artículo “La revelación de una extraordinaria poetisa”...

Nótese pues, que yo no descubrí a la ahora famosa Juana de América. Yo lo que hice fue lanzarla. Y aquí está lo que me llena de orgullo: lanzarla bien, en una plaza editorial que ya era amplia: la capital argentina, donde estaba la “Cooperativa Buenos Aires” de escritores que había impreso obras selectas de Delfina Bunge de Gálvez, de José Ingenieros, de Ibarguren, de Vedia y Mitre, etc. Una carta mía al Gerente, en ese tiempo Julio Noé, y la excelencia del libro inédito, abrieron todas las puertas. Yo renuncié de buen grado a las ventajas de aparecer como prologuista, siéndolo, a mi pedido, Manuel Gálvez, que tenía un éxito sin par en América, en ese momento, con su novela Nacha Regules.

Y otro mérito que me place destacar: convencí a la tan lozana Doña Juanita de que debía firmarse Juana de Ibarbourou con el ejemplo de la santa de Ávila: la inmortal Teresa de Ahumada. Su seudónimo Janette de Ibar me pareció infantil. Buen nombre, sin duda, para alguna etiqueta de agua florida, pero no para encubrir el restallante talento lírico de una mujer que iba a hacer historia.”

Vicente A. Salaverri

Sensualidad y rebeldía

Juana de Ibarbourou llega a Montevideo e irrumpe en el medio literario con la publicación del poemario Las lenguas de diamante en 1919. Es difícil imaginar un éxito tan rotundo: diez años después, y luego de algunas publicaciones más, será proclamada Juana de América en el Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo. En este acto, participan el poeta Juan Zorrilla de San Martín y el ensayista mexicano Alfonso Reyes, quien sentencia: Juana donde se dice Poesía y Juana donde se dice Mujer.

—Pervive una honestidad que nace de algo muy espontáneo. Este debe de haber sido uno de los elementos que sorprendió cuando incursionó en el medio montevideano con *Las lenguas de diamante*.

— Publica su primer libro siendo desconocida y sin pagar ni un peso, en una editorial importante de Buenos Aires, con un buen prólogo. Inmediatamente logra a través de este libro contactarse con figuras de Latinoamérica, hasta la llegada de las cartas de Unamuno. *Las lenguas de diamante* irrumpió y mostró una nota de claridad, de espontaneidad y de frescura que no se había visto antes. Los primeros poemas de Gabriela Mistral hablan de un alma atormentada, los primeros poemas de Alfonsina Storni también, Delmira Agustini lo mismo, con una potencia trágica pero dolorosa. Con Juana nace una poesía de plenitud y sobre todo de goce, lo que no inhibe su cuota de melancolía y angustia. El tema del tiempo que pasa y la precariedad de la vida están siempre; lo que ocurre es que hay un movimiento permanente de vaivén.

—Vienen los famosos envíos de cuatro ejemplares de *Las lenguas...* a España.

—Le envía dos ejemplares a Antonio Machado, uno a Unamuno y otro a Juan Ramón Jiménez. Unamuno le responde con grandes elogios, y Juan Ramón Jiménez, cuando visita Uruguay, la va a ver obsequiándole un libro con la dedicatoria: *Para Juana, un libro, un espejo y un beso*. El espejo ella me lo dio un día y desde entonces lo mantengo conmigo.

Montevideo, 29 de julio de 1919.

*A Don Miguel de Unamuno.
Salamanca.*

Señor por este mismo correo le envío un ejemplar de mi libro Las lenguas de diamante y me tomé la libertad de adjuntar en el mismo paquete uno para Manuel Machado, otro para Antonio Machado y otro para Juan Ramón Jiménez. A pesar de que estos poetas son aquí muy queridos y admirados, no he podido conseguir su dirección, por lo que le suplico quiera hacer llegar esos libros a su poder.

Y otro ruego gran don Miguel (es así como en América lo llamamos) ¿quiere usted decirme si mis versos le gustan?

Yo no sé si esto constituirá para Ud. que tantas tareas tiene mucha incomodidad. Pero ¡deseo tanto su opinión! Y espero con ansias su respuesta.

Lo saluda con respeto y admiración.

*Juana de Ibarbourou
Asilo 50-Unión- Montevideo – Uruguay.
Sud América.*

Señora doña Juana de Ibarbourou:

He leído, señora mía, primero con desconfianza y luego con grandísimo interés y agrado su libro Lenguas de diamante. La desconfianza es en mí antigua por lo que hace a poesía de mujeres. El soplo poético de una Safo que desnuda castamente su alma –que cuesta más que desnudar el cuerpo- en sus versos, desapareció casi con el cristianismo. Después, el llamado amor místico ha sido una hoja de parra, cuando no una máscara. Aquí, en nuestra España creo que los versos más cálidos son los de Carolina Coronado, pero si cuando habló su alma de madre, cantando a su hija, es incomparable, sus versos al “amor de sus amores” son una hoja de parra, una hoja reseca y arrugada por un amor oculto y así le falta frescura. Una mujer, una novia, aquí, no escribiría versos como los de usted aunque se le viniera a la mientes y si los

escribiera no los publicaría y menos después de haberse casado con el que los inspiró. Y si una mujer, aquí, se sale de la hoja de parra de mistiquerías escritoras es para caer en cosas antiguas y malsanas. Por eso me ha sorprendido gratisamente la castísima desnudez espiritual de las poesías de usted, tan frescas y ardorosas a la vez. Y al enviárselas, como me pide a J. R. Jiménez y a los Machado, se las recomiendo.

Claro, que en sus poesías hay, para mi gusto desigualdades. La nota triste decorazonada y pesimista no le sale a usted bien. Me parece que se imagina, más que siente el desengaño. Le debe tener a usted muy presa la vida. Y que esto le dure mucho.

“La espera”, “Lo que soy para ti”, “La hora” (estupenda), “Implacable”, “El fuerte lazo”, “Te doy mi alma”, “La cita”, “Las parvas”, “La promesa”, hermosísimas, hermosísimas.

Releí su libro volviendo a leerlo en voz alta a un amigo ciego, poeta también, a quien acompaño a diario y a quien sirvo de lazarillo y de lector; y no sabe usted bien lo que lo impresionó “La angustia del agua quieta”. Por lo demás fue él quien me sugirió -¡a mí, profesor de literatura griega! - el recuerdo de Safo; de la Safo histórica, por supuesto, no de la legendaria. Y ahora ¿a qué vendría que le hablase a usted de lo que creo inexperiencia de léxico, de ciertas pequeñas violencias del lenguaje y de sumisiones a la tiranía de la rima? Eso importa poco. Lo que sí creo es que debe usted dejar las tristezas hasta que ellas le vengan que, desgraciadamente, teniendo como usted tiene un alma sensible y hasta ardiente, le vendrán - y le basten cuando usted dice:

¡Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca se te oprima en los labios!

suen a ella a algo natural, espontáneo, sentido (yo en vez de oprima, vocablo demasiado literario, habría dicho apriete) pero cuando añade:

Después será cenizas bajo la tierra negra, esto me parece más razonado que sentido.

Así, “Lacería” me agrada pero no me convence. Y no es que yo no guste ni sienta ese sentimiento; al revés, lo siento acaso más que el otro y he propendido siempre a lo elegíaco más que a lo idílico, pero en usted me suena

algo así como uno que, dueño de una lira de excepción, quisiera tocar todas sus cuerdas y alguna de ellas era de prestado.

Su libro me interesa. He de decir algo más, y no a usted sola, de él.

Veo por su apellido que tiene usted sangre vasca, pues su apellido, aunque usted lo escribe a la francesa, es vasco puro – “cabecera del valle”, significa – y yo soy vasco puro.

La saluda con toda simpatía.

*Miguel de Unamuno
Salamanca, 18.IX.19*

— **¿Elegirías algún poema en especial de ese primer libro?**

—Sí; elegiría *La hora*, que me parece un poema perfecto, con gracia y musicalidad; “Vida garfio” con su *Amante: no me lleves, si muero al camposanto / A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente / alboroto divino de alguna pajarera...* La palabra *alboroto* me parece magistralmente puesta.

— **Una imagen dramática pero que incluye la resurrección.**

—Exactamente: drama y resurrección. Otro poema que me gusta mucho es *Salvaje*, porque impone allí un elemento de belleza que es absolutamente trasgresor: *Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena... Morena* como elemento de belleza, cuando el imaginario romántico es la princesa rubia; no, ella es *morena*.

— **Se me ocurre que, si anteriormente Delmira Agustini representa al Art Nouveau, Juana es la representación del Art Decó, con una estética más directa, la falda más corta y una sensualidad más libre. El poema amoroso, antes de Juana, estaba vinculado a la culpa, lo que no ocurre en su poesía, y esto es una gran sorpresa para la época.**

— En ella se manifiesta el goce, no hay arrepentimiento de nada. Existe una gran sensualidad: *tómame ahora*, que es un imperativo. No comprendo que leyendo estos poemas se la siga vinculando con una imagen puritana. La Juana es esta, sensual, que se mantiene así treinta años después. Hay unos sonetos en *Mensaje del escriba*, que son de una

sensualidad enorme. *Mensaje del escriba* se publicará en 1953 junto a sus obras completas; no se publica en forma separada. Allí está el soneto *Siempre*:

*El tigre ferozmente enamorado,
la mariposa, abierta cruz del viento;
el musgo, de las rocas abrazado;
la espuma, flor del agua en movimiento.*

*Cuanto vive y se muere en aire y tierra,
o en cielos de galaxias suspendidas,
saben que en este sueño se me encierra
el secreto plural de veinte vidas.*

*Te quise ayer, no sé si cuarzo o fruta;
y anteayer, tal vez llama diminuta,
y más allá, pequeña flor nevada.*

*Te quise, ser anónimo y sufriente.
Y ahora te quiero, piedra de rompiente
que muerde a sombra y sol la marejada.*

Lo escribe en 1953, cuando tiene más de sesenta años. Estos años cincuenta encontrarán a Juana ya viuda de un militar, convertida en amante de Eduardo de Robertis, destacado médico y biólogo argentino, casado y veinte años menor que ella. Vive una pasión a la cual se entrega. El episodio actualmente es revelado por el investigador Diego Fischer, quien realiza un trabajo sobre la poeta y descubrió, entre otros detalles, que Juana realizó su viaje a las cataratas del Niágara con este doctor, ocultando este amor, aunque insinuándolo en varios poemas de la época.

—Es permanente en esta sensualidad la comparación con la naturaleza. Parece reivindicar que el cuerpo merece expresarse con la misma libertad que la naturaleza que lo rodea.

—Completamente, y esto contradice la imagen de mujer contenida que muchas veces se le atribuye. Juana tuvo su vida, sus amores y sus romances; desde su adolescencia fue muy libre en sus manifestaciones amorosas, tal cual lo atestigua su obra. Esa renuncia a la culpa a la que te refieres, llega a tal punto que, en *Mensaje del escriba*, se consustancia

con el personaje Francesca, y en el poema titulado con este nombre dice: *amor no es beatitud sino centella...* Esto también lo hace Dante, que se consustancia con el personaje de la pecadora. Francesca es pasional, lujuriosa y adúltera. Juana es católica, por supuesto, pero también es una mujer que ama, y ama sin culpa.

Francesca

*Amor no es beatitud sino centella
y mordedura honda del destino.
Amarga adelfa y florecido espino,
ceñida luna y turbulenta estrella.*

*Cuando yo lo veía cual vallado
de azucenas, al borde de mi senda,
me equivocaba, niña azul, tremenda,
y reía sarcástico mi hado.*

*Pero así lo prefiero. Así, Francesca,
que sabes de aquel viento, gigantesca
rizadura en que giras con Paolo.*

*Quiero el amor que duele y que atormenta,
no el dulce amor de esclarecida menta,
que se marchita inconsistente y solo.*

—Otro poema que sobresale en *Las lenguas...*, es “Rebelde”, que también tiene que ver con este llegar a un sitio tan sagrado e imponerle un soplo de rebeldía.

—*Rebelde* evidencia una imagen rotunda: *Yo iré como una alondra cantando por el río...* No será un poema perfecto, tendrá sus excesos retóricos, pero tiene fuerza, una gran contundencia. Hace poco descubrí una entrevista en la cual le preguntan a Cristina Peri Rossi sobre el poema que le ha impresionado más, y ella menciona este poema, haciendo una valoración muy buena de Juana de Ibarbourou. Me pareció muy interesante, pues son mujeres de distintas épocas, de distintas estéticas, ambas rebeldes a su modo. Fue bueno saber que Cristina Peri Rossi coincide conmigo en estas apreciaciones. Pero insisto en que no todos la leyeron con atención. Cuando representamos *Juana a tres voces*, la

obra teatral que armé con textos de Juana, bajo la dirección de Carlos Aguilera y con las actuaciones de Estela Medina, Nidia Telles y Vera Sienra, el escritor, actor y director *Taco* Larreta asistió a verla. Cuando culminó la función, me dijo sorprendido a propósito de algunos de los pasajes incluidos: *¿Dónde estaban esos textos?*, a lo cual le respondí: *Siempre estuvieron en sus libros; el asunto es que ustedes no quisieron, o no supieron leerlos.*

—Picasso sostenía que no puede pintar una pipa quien no la ha fumado. Torres García explica en sus memorias que los elementos de sus cuadros son vivencias y recuerdos de su vida. En Juana de Ibarbourou existen muchos componentes que se presentan como muy particulares de su mundo y resultan intransferibles.

—Es muy particular el mundo de Juana. Seguramente el Melo de su infancia no es el de hoy; conoce Montevideo recién cuando llega con su marido. Su poesía tiene un rasgo de espontaneidad y vitalidad que a veces es confundido con alegría. Hay espontaneidad, nervio, pero también hay mucha melancolía. Ocurre que las almas no tienen una sola división, convive muchas veces lo vital con lo angustioso. Hacia el final de sus años irá primando la angustia, justamente cuando amaina la vitalidad. Dirá: *Me enfrento a ti, oh vida sin espigas, / desde la casa de mi soledad.* Esa imagen de la soledad como una casa que la encierra es muy fuerte.

—La aceptación es inmediata una vez que Juana de Ibarbourou llega a Montevideo.

—Ella es glorificada por sus tres libros iniciales: *Las lenguas de diamante*, *Cántaro fresco* y *Raíz salvaje*. Unos años después es *Juana de América*, reconocida en España, en América, traducida enseguida al italiano y al francés, y todo esto en muy poco tiempo. Cuando se habla de que ella se amolda al contexto sociopolítico de entonces, considero que deberían observarse esos tres libros iniciales, que tienen una impronta poética, una estética con un lenguaje sencillo, coloquial, de una comunicabilidad inmediata. En mil novecientos treinta, a un año del acto en el cual se la glorifica como *Juana de América*, publica un libro que no tiene nada que ver con los anteriores; ella estaba buscando otro lenguaje con *La rosa de los vientos*. Que el libro esté más o menos logrado es otro tema; lo que quiero señalar es que ella podía haber seguido con la estética que le había asegurado el éxito y sin embargo

no lo hace. Entonces estamos otra vez en el tema de su rebeldía. Acepta el homenaje, claro, pero no acepta quedar en lo mismo y se inscribe en la corriente del ultraísmo, a la cual también se adherían el primer Borges y Huidobro. En algunos momentos acierta más que en otros; es un libro desperejo pero que tiene metáforas estupendas; no tiene una aceptación inmediata y queda algo relegado. Considero que era una mujer muy inteligente que sabía sortear los obstáculos; transitó estos años de manera muy vital. Aparte de ese célebre encuentro con Gabriela Mistral y Alfonsina Storni, hay que recordar que luego la visitaron los escritores y las personalidades más importantes de su época: Federico García Lorca, Pablo Neruda, Salvador de Madariaga, Alfonso Reyes, Fidel Castro, el Che Guevara —quien no la visitó, pero con quien almorzó—, Evtushenko, María Elena Walsh, etc.

En la entrevista que le hace Jorge Ruffinelli para *Marcha*, y se publica el 2 de julio de 1971, Juana de Ibarbourou contará a propósito de su almuerzo con el Che:

—Ah, fue en la casa de Haedo, en La Azotea. El Che debía sufrir una afección bronquial, porque a cada momento sacaba un aparatito y se hacía unas inhalaciones. ¡Pero era muy simpático, sumamente simpático! Gracioso, que todo lo que decía nos hacía reír... Comimos en la misma mesa: estaba Juancito Fischer —el Doctor Fischer— y su señora, estaba Haedo, y no recuerdo quienes más, aunque desde luego, el personaje allí, de quien me recuerdo profundamente, era el Che... Es uno de los seres que más admiro.

Y estuvo en mi casa Fidel, en la época en que recién comenzaba a ser Fidel. Sucede que yo tengo una gran amiga, que es como hermana, y me mandó un regalo con Fidel. Dice que le dijo a Fidel: “Se lo llevas tú mismo”. Y bueno, me lo trajo.”

En otro pasaje de la misma nota, refiriéndose a las visitas de Federico García Lorca, dice:

...jugaba a la pelota con mi hijo y el perro que teníamos entonces, en la azotea de la casa donde vivíamos, en la calle Comercio.

Hay una anécdota con Federico. Nosotros no faltábamos a la misa los domingos, y un día... Bueno, él acostumbraba

a comer con nosotros casi día por medio, y aquel domingo nos tocaba su visita. Fuimos a misa, y al llegar a la Iglesia, mi madre, que ya iba preparada, sacó de la cartera un rosario y se lo dio a Federico. Mi marido, que era católico, se quedó de pie, atrás, a acompañarlo, mientras nosotros nos arrodillábamos en el último banco. Y yo de vez en cuando lo miraba: Federico estaba tieso, inmóvil con aquel rosario en la mano... Pobrecito... Ojalá le sirva esa misa que oyó en mi país...

—**En 1920 publica *El cántaro fresco*, que se convertirá en otro libro de referencia.**

—Que es una delicia. El primer texto de este libro, cuando apoya la mejilla en el cántaro húmedo, resulta una imagen hermosa. Luego encontraremos estas imágenes en otros libros posteriores: en *Estampas de la Biblia*, por ejemplo. Hablará de los perfumes, de las flores. Todo esto es una expresión de gran sensualidad.

—**Su próximo título en poesía es *Raíz salvaje*, en 1922.**

—Está muy emparentado con *Las lenguas...*, pero el primero es un libro campesino, y el segundo claramente ciudadano. Está presente el impacto de la ciudad en esta nueva publicación. Posteriormente, algunos poetas incursionarán en la poesía ciudadana, pero en 1922, Juana ya hablaba del paisaje ciudadano en su poesía, habla del pasto en la vereda, del lechero, del autobús que la lleva a la playa. Muchos años después se considerarán innovadores las inclusiones en la poesía de la ciudad y sus elementos, pero al hacerlo, no se considera que Juana de Ibarbourou ya lo había hecho en *Raíz Salvaje*. Montevideo es una ciudad de la cual se enamora y es donde encuentra el éxito, la fama, tal cual lo dirá después. Mantiene muy buenas relaciones con los escritores de ese tiempo: con Morosoli, Figueredo, Sabat Ercasty, Quiroga. Para los grandes de esos años era un logro contar con un elogio de Juana de Ibarbourou. Y ella era una mujer muy abierta, proclive al elogio. Recién en los años cincuenta se la verá más reservada, cuando comienza a sentirse sola y la rodean personas que no siempre tuvieron la jerarquía intelectual para actuar a su lado.

—**En ese Uruguay que florece junto al Art Deco, con un Montevideo que se llena de construcciones nuevas, Juana de**

Ibarbourou exhibe su obra y muy pronto sus libros comienzan a ser estudiados. Su presencia es constante durante estos años, en todas las actividades que conciernan a la literatura.

—Concurre a actos públicos, prologa libros, prohija a muchos escritores, quizá demasiados. Era una mujer muy buena, muy generosa. Esta piedra amatista me la regaló ella; no se le podía decir *qué lindo esto*, porque te lo daba. Recuerdo que aquella vez salí con esa piedra enorme y no sabía dónde ponerla; hoy preside la mesa donde como y a veces también escribo.

—Habiéndose situado muy alto como poeta, silencia su poesía luego de la publicación de *La rosa de los vientos* en 1930.

—Escribe luego dos libros de inspiración religiosa. Se ha dicho hasta el cansancio que se inclina a la poesía religiosa, pero en realidad escribe dos libros solamente, dentro de una producción bibliográfica enorme. Estos libros son de *inspiración religiosa*, uno más que el otro; *Estampas de la Biblia* son páginas en prosa donde recrea figuras del Antiguo Testamento, pero la dimensión filosófica o teológica de devoción puede no aparecer. Más bien hay una gran sensualidad en algunas páginas de *Estampas de la Biblia*. El que sí es un libro de devoción es *Loores de Nuestra Señora*, que son cantos a la Virgen. Son muy elaborados, muy adornados; es un libro que no me atrae.

— ¿Pero no hay aquí también un rasgo de rebeldía? Supuestamente ella había sido apoyada por un Estado que se definía como laico.

—Seguimos con una Juana rebelde. El Estado que la prohija se definía como laico, claro.

— ¿Te comentaba sobre estas primeras épocas?

—Nunca habló mucho de sí misma. Contaba alguna anécdota de cuando la visitaba alguna personalidad, de su encuentro con Neruda, o con Gabriela Mistral, por ejemplo, pero no le gustaba hablar mucho de sí misma y de su pasado. Me preguntaba al respecto de algún libro y comentábamos sobre algunos autores, como también hablábamos de cine; admiraba a Bergman, sobre todo sus películas *La fuente de la doncella* y *El séptimo sello*. Pero con su historia personal era reservada. También es interesante la importancia que le da al silencio en su palabra

poética. Recordemos: 1906 es el año de la publicación de *Cantos de vida y esperanza*, 1896 lo había sido de *Prosas profanas*, de un Darío de la sonoridad, de la palabra, del verbalismo, es decir todo lo contrario del silencio. Juana, que publica en 1919, es decir poco después, exhibe la importancia del silencio como reservorio de la palabra. Hay un oxímoron que también está en la dirección de la rebeldía mencionada, en esa exaltación que hace por momentos del silencio. En *Noche de lluvia* dice: *...Espera, no duermas, / estate atento a lo que dice el viento*; existe una atención hacia otra dimensión no tan inmediata, una dimensión de lo sagrado.

—La poesía hasta ese entonces, parecía provenir de ese Art Nouveau del que participa Delmira Agustini o incluso Julio Herrera y Reissig. Con esa valoración del silencio Ibarbourou se ubica en una nueva época. Esto resulta sorprendente, si pensamos en alguien que no venía premeditadamente con una teoría.

—Una mujer que no venía con teorías y se ubica donde se ubicó. Ella dice en el primer poema de su primer poemario: *Silencio en nuestros labios una rosa ha florido. Silencio*, como una especie de entidad; inventa analogismos, verbos: *ha florido*, y no le importa que sea una invención. *Sobre el silencio este, ¡qué ofensa la palabra!*. Y finalmente: *Serán nuestras pupilas dos lenguas de diamantes / Movidas por la magia de diálogos supremos*. La palabra es una dimensión, pero hay algo más detrás de la palabra, y es el silencio en una dimensión metafísica. Como en toda verdadera poesía, detrás del verso hay una verdadera elaboración metafísica.

Dos años antes de ser consagrada como *Juana de América*, el periodista Mario de Luna, de la publicación argentina El Suplemento, la entrevista y describe el entorno de la poeta en 1927:

En las afueras de Montevideo, cerca de la playa de Malvín, necesitándose un viaje para llegar hasta el santuario de la poetisa, un viaje inverosímil, combinado con autobús y tranvía, una casita blanca y sonriente acoge, confiada, a la familia de la poetisa, que se rodea de su marido, militar uruguayo, hábil y pundonoroso; su madre, anciana respetable y simpática, y su hijo, joven, despierto y dinámico, ambicioso de glorias futuras y que

es la alegría del feliz hogar.

La bella poetisa vive una vida de familia reconcentrada y quizá con un cierto aislamiento de la vorágine social que, en Montevideo, arroja la existencia de quienes siguen ese movimiento intelectual, tan intenso, que no admite comparación...

...deja transcurrir la vida en un ambiente sereno, sin complicaciones, que marca los días y las semanas, con una sistemática manera de vivir, más bien monótona...

Algunas veces, no muchas, se la ve en las reuniones literarias, donde aparecen otros intelectuales y entonces se prodiga como un ministro que acude a una recepción, en corrillos aparte, en conversaciones rápidas, en consultas al pasar. De todas maneras como "lei-motiv" de la vida de Juana de Ibarbourou, la pasividad de su carácter femenino predomina...

Su voz, armoniosa y dúctil, sabe encontrar las frases, dichas siempre con dulzura ingenua, que algunas veces hace pensar en el enigma que representa esa mujer cuya fisonomía es difícil de definir, por no saberse nunca si, en efecto, es una gran ingenua, y entonces hay que pensar en el proceso de sus poesías bravas, o es una gran humorista que sabe dar a su voz entonaciones desconcertantes.

En otro pasaje de la misma nota, el enviado le pregunta:

— *¿Puede decirme algo de su vida?*

— *¿Mi vida? Muy reconcentrada y sencilla, sin nada culminante.*

— *¿.....?*

— *Es como una pequeña superficie lisa, bajo la cual, como un fuego subterráneo, arde el deseo de viajar cada día más intenso.*

Juana viajará muy pocas veces fuera de su país: a la Argentina, y en la década del cincuenta, ya con más de sesenta años, a Estados Unidos.

Por aquellos años, Gabriela Mistral —que la había conocido en una visita a nuestro país y queda sorprendida por el carácter afable de Juana, iniciándose una relación afectuosa y epistolar—, le advierte en una carta:

Cultive poco (un poquito chico) de desdén. No conceda derecho a entristecerla, sino a los señores grandes como usted y a los sucesos definitivos de la vida.

Cuidado con la gloria

En 1930 publica el poemario *La rosa de los vientos*; busca en este libro un giro poético distinto al de los anteriores. Aumentan las metáforas y disminuye el camino directo observado en los versos de *Las lenguas...* Juana de Ibarbourou recibe las influencias de alguna literatura de su época y el éxito no es el mismo que el obtenido anteriormente.

Durante los siguientes veinte años no publicará poesía, pero sí saldrán libros en prosa de su autoría. La escritora se adentra en tiempos de cambios donde los dramas del paso del tiempo no estarán ajenos: fallece su marido primero y su madre después. Valentina Morales la había acompañado en cada uno de esos años de ilusiones y gloria; la relación era muy especial y su muerte enluta el corazón de la poeta.

—Luego de *La rosa de los vientos*, su tercer poemario, no publica ningún libro de poesía durante veinte años. Pero en este lapso aparece otro de sus libros emblemáticos en prosa: *Chico Carlo*.

—*La rosa de los vientos* es un libro desperejo, pero por momentos brillante, tiene poemas muy buenos. Ella quería mucho a este libro y cuando comentaba que no había tenido mucho éxito, lo hacía lamentándose. *Chico Carlo* es un libro de prosas hermosísimas. Igualmente, y en ese largo período, irá escribiendo poemas que serán recogidos en *Perdida*. Es decir que las páginas de *Chico Carlo* coinciden con algunos de los poemas que recogerá unos años después en ese libro. *Chico Carlo* era un libro que ella quería mucho, siempre tenía algún ejemplar para regalar. Le pregunté una vez si a la persona que había inspirado su personaje, le había llegado el libro. Me dijo que, según le habían contado, esta persona seguía tan hosco como de niño, pero que al leer el libro se había emocionado profundamente.

—Juana parecía poseer una gran intuición para dibujarse a sí misma. Desde aquella temprana *Janette D'Ibar*, como firmó sus primeros poemas, hasta la *Juana de Ibarbourou* consagrada. Confunde adrede sobre su fecha de nacimiento, crea algunos misterios.

—En el *Autoromance* habla del amor que nadie le adivinó. Tenía también mucho humor; existe una anécdota al respecto que describe

esto muy bien: Cuando le realiza una entrevista Renee Jolivet para la televisión —entrevista que luego fue borrada, lamentablemente— este periodista no encuentra una pregunta más interesante que consultarle sobre el porqué se maquilla tanto los ojos. Ella le responde en forma casi parsimoniosa: *Sabe lo que pasa, Jolivet, si no me maquillo me parece que no veo.*

— **¿Cómo era su relación con las mujeres escritoras de su época?**

—Era muy amiga de Esther de Cáceres, de Clara Silva. Luego, de la generación del cuarenta y cinco, valoraba a Amanda Berenguer, a Ida Vitale, a Idea Vilariño de quien le gustaba mucho *Poemas de amor*; valoraba también mucho a Circe Maia y a Armonía Somers, le gustaba mucho el cuento *Muerte por alacrán*. Existe una anécdota muy interesante que me contaba Armonía. Cuando recibe un premio del Ministerio de Cultura por su primer libro, lo hace junto a Juana que concurre a recibir otro premio por un libro suyo, a principios de los años cincuenta. Cuando se retiraban bajando una escalera, a Juana se le cae el dinero que llevaba —era muy desordenada con sus pertenencias—. Al agacharse para recogerlo, Armonía también lo hace para ayudarla. Juana, en estas circunstancias, felicita a su colega y agrega: *Y una advertencia: tené cuidado con la gloria, mirá a mí cómo me dejé.*

En la entrevista de Jorge Ruffinelli, publicada en 1971 en *Marcha*, Juana menciona sus preferencias en cuanto a literatura nacional:

Fui, por ejemplo, muy amiga y quise y admiré mucho a Ether de Cáceres. Lo mismo me pasa con la poesía de Sara de Ibáñez. Y después hay unas cuantas, de mucho talento, como Circe Maia, Clara Silva, Ida Vitale, Idea Vilariño, Amanda Berenguer, Nancy Bacelo, Armonía Somers en prosa; igual Sylvia Lago, Giselda Zani, que es la gracia en la literatura como en la vida. Y entre los escritores le mencionaría a Jorge Arbeleche, a Washington Benavides, a Enrique Estrázulas... Luego, hay un disco de Zitarrosa, en el que ha musicalizado un poema mío, “La cuna”, que comienza: “Si yo supiera de qué selva vino...” Usted no se imagina qué emoción he tenido yo y cuánto se lo agradezco a Zitarrosa.

—Luego de esas dos décadas de mucho esplendor, de mucha actividad —la del veinte y la del treinta—, viene la década del cuarenta, donde le movilizan las circunstancias dolorosas del fallecimiento de su marido primero y el de su madre después. También el mundo y por ende el Uruguay cambian. Ante todo esto, se comienza a percibir una Juana de Ibarbourou diferente; ¿cómo creés que fue esta nueva relación entre Juana y el nuevo contexto durante los años cuarenta y cincuenta?

—Fue una relación conflictiva como fue la relación que tuvo la generación del cuarenta y cinco con la cultura precedente y también con parte de la cultura posterior. La generación del cuarenta y cinco hizo muchas cosas bien y muchas cosas mal. Entró con un hacha que usó para todos lados; algunas cosas las acomodó —podó lo que había que podar—, pero otras veces cortó la planta de raíz y se olvidó de mucha gente. A Juana la dejaron arrinconada y se le acercaron algunas personas que no le hicieron ningún bien, porque ni cultural ni estéticamente era gente de valor. La generación del cuarenta y cinco sabía que en ella había una buena poesía, pero actuaron manifestándose en contra de un supuesto oficialismo. El oficialismo que respaldó a Juana, recordemos que era un gobierno democrático y republicano. Mucho después vendrá la triste historia donde el gobierno dictatorial le entrega una condecoración contando ella con ochenta y tres años. Esto generó críticas y yo por supuesto no estoy a favor de este recibimiento, pero pienso que no se consideran las circunstancias de una mujer de más de ochenta años que estaba completamente sola, con un hijo que seguramente la estaba empujando a recibir del Estado lo que fuera. Pero el Estado que la protegió anteriormente, fue un Estado democrático.

— ¿Qué cambios se percibe en su poesía a partir de los años cuarenta?

—Ella toma un giro distinto, otra vez la rebeldía: *Perdida* es un libro diferente a los anteriores y es un libro ejemplar, de gran nivel. Así lo recibe por ejemplo Liber Falco, quien dice: *re encontramos otra vez a la gran poeta*. No así Idea Vilaríño, quien le hace una crítica considerándolo un libro desparejo y desvaído. Pero esta misma generación del cuarenta y cinco que la deja arrinconada, que tiene hacia ella muchas veces un juicio irónico, posteriormente tendrá un cambio de perspectiva. En mi caso, cuando tenía veinte años y la conocí, cuando la comencé a tratar, a estudiar, era mirado como un bicho extraño, no se entendía que me interesara la obra de Juana de Ibarbourou. Pero luego, en el año 1968, se publica la *Historia de la literatura uruguaya* en capítulos, dedicándole a

Juana todo un capítulo a cargo de Ida Vitale. Si bien no se percibe aquél encomio de los años veinte y treinta, es una publicación muy respetuosa reconociéndole su lugar en la literatura. En 1966, Domingo Bordoli en la *Antología de la poesía uruguaya* también la había tratado con mucho respeto. En 1968, Ángel Rama me pide que colabore con él para realizar una antología de los mejores poemas de Juana de Ibarbourou. Hice la selección, se la mostré a Rama, quien estuvo de acuerdo y escribió un prólogo donde, si bien existen algunas reservas, generalmente hay un elogio, una consideración de a quién se está refiriendo. Benedetti, en un artículo publicado en Estados Unidos, entre los tres poetas que elige como representativos de la poesía uruguaya, elige a Juan Cunha, a Idea Vilariño y a Juana de Ibarbourou. La propia Idea Vilariño en la década del noventa, hace unos años, refiriéndose a la mujer en la poesía hispanoamericana le dedica una parte y publica poemas de su última época. Es interesante que Idea, como buena profesional que es, la leyó hasta el final y la ubicó en el lugar que le corresponde dentro de la poesía.

—Cuando la conociste en esos años de mayor discriminación, ¿conversaban sobre el tema?

—Sí, conversábamos, y se mostraba reconfortada de que un poeta joven como yo se interesara por su obra. Nunca fue rencorosa frente a la generación que la discriminó; hablaba muy bien de Ángel Rama, de quien recibía jazmines y era a quien más apreciaba. Nunca la escuché hablar mal de nadie; podría surgirle algún comentario, como a cualquiera, pero no iba más allá.

—No aparece de su parte una actitud beligerante.

—Siempre tuvo una actitud de gran elegancia, la respuesta fue seguir escribiendo. Hoy, *La pasajera* es considerado uno de sus mejores libros, pero en su momento fue ignorado por la crítica. El semanario *Marcha*, por ejemplo, no supo decir ni siquiera que había aparecido. Este mismo semanario, en el año 1971, quizá reconociendo esas mismas omisiones, le hace una muy buena entrevista por intermedio de Jorge Ruffinelli. El entrevistador, en esta nota, le pregunta cómo analiza su extensa obra, a lo que Juana le responde muy segura de sí misma: *Creo que ha ido creciendo, y creciendo bien*, cuando la manifestación más común era decir que la Juana más valiosa era aquella fresca y juvenil de los primeros tiempos: pero ella dice lo contrario, que es la Juana que se

afirma en *Perdida*, en *Elegía*.

—Pensando en la trascendencia de su obra dentro su país y en el extranjero, otro aspecto en el cual no parece correspondida, es en el económico.

—Incluso vendió parte de sus derechos de autor al Estado. Posteriormente, en una conferencia, manifiesta que luego de venderle los derechos al Estado este no se acordó de reeditar sus obras. En algún momento vende su casa, tiene problemas económicos cuando el banco donde tiene ahorros quiebra, vive muchos años con la pensión de su marido que no era muy alta, además de algo que le reportan sus derechos de autor. Nunca vivió con holgura.

Los dos aislamientos

—Cuando la visitabas, ¿dónde te recibía?

—Cuando estaba sola lo hacía en su escritorio, arriba, pero si éramos más de uno, lo hacía abajo; esto fue en los primeros años. Recuerdo de su vestuario un traje azul de dos piezas, que le sentaba muy bien; algunos vestidos estampados y muchas veces, cuando me recibía solo, lo hacía con unas batas de pana; me acuerdo de una verde y otra azul, largos hasta el piso y con botones, no con cinto. Peinada, maquillada y siempre de taco alto. Era coqueta pero tampoco exageraba en su arreglo como algunos posteriormente remarcaron. Nunca la vi con el pelo blanco: tenía un color caoba, oscuro, no negro, y recogía este cabello de una manera muy característica. Su piel era maravillosa, blanca. Las manos pequeñas, delicadas, con las uñas cortas. Era muy desordenada con sus pertenencias; cuando le preguntaba sobre algún documento, alguna carta, me respondía: *está todo ahí, está todo ahí*, señalándome un arcón. En su biblioteca se veían diccionarios y enciclopedias. A los visitantes, les regalaba algún ejemplar de su obra, generalmente *Chico Carlo*, que era un libro que quería mucho. También obsequiaba *Juan soldado*, *La pasajera*, escribiendo dedicatorias con una letra muy abierta, muy amplia.

—En las charlas, ¿evocaba su momento consagratorio como Juana de América?

—Nunca; podría aparecer alguna anécdota circunstancial que mencionara ese episodio, pero no era un tema que trajera a la conversación. De estos años hablaba bastante, por ejemplo, de Gabriela Mistral, con quien mantuvo una correspondencia posteriormente a conocerla. No era una gran conversadora, más bien escuchaba; si su interlocutor no era alguien propenso al diálogo este no se daba. Quizá en esta actitud expectante, había cierto resquemor; hay que recordar que sufrió mucha agresión crítica hacia su persona.

—También puede considerarse que su presencia social era gracias a su obra y no a su personalidad.

—Sí, no tenía una personalidad arrolladora. Ocurre lo mismo con otros escritores, que no son demasiado locuaces e igualmente logran ser centro de atención. Cuando Antonio Mercader, entrevistándola, le pregunta sobre el porqué de su misterio, ella responde: *La gente es buena, generosa, y ha imaginado sus cosas sobre mi persona y mi obra.* Era una mujer muy de su casa; cuando salía, era para cumplir con sus compromisos profesionales, cuando la reclamaban en actos públicos o presentaciones.

—Es extraño, de todas formas, que alguien que irrumpe portando versos de luz, directos y sin misterios, termine convirtiéndose en alguien tan enigmático, prácticamente recluida en su casa.

—Sí, es enigmático. Quedan muchos porqués en el misterio, pero nunca percibí en mi relación un drama en ese aislamiento. Yo estaba maravillado, admirado, halagado y no la sentí lejana nunca. Cuando *Las lenguas de diamante* cumple cincuenta años, el diario *El País* le dedica sus dos páginas centrales con fotos, notas. Ángel Rama sostiene allí que la destinataria natural del Premio Nobel de literatura era ella. Escriben elogiosamente, entre otros, Clara Silva, Arturo Sergio Visca. Se realizan ediciones de *Las lenguas...* en varias partes del mundo: en Venezuela, en España. La editorial Losada lanza una edición de lujo en Argentina y por supuesto la invita a concurrir. Ella les contesta que se hará un tiempo para asistir, pero finalmente no lo hace. Creo que en el fondo había algo en ella de timidez, de temor. Llegué a comentarle que era una pena el no haber concurrido, pero ella movía la cabeza restándole importancia. Hay que recordar que también tuvo mucha vida pública durante varios años; la exposición desgasta.

El diario *El País*, el 10 de agosto de 1969, publica con motivo de cumplirse los cincuenta años de la aparición de *Las lenguas de diamante*, varias notas en su suplemento de los domingos. En una de estas, Clara Silva expresa:

Las lenguas de diamante producen en América, desde su aparición, uno de esos impactos misteriosos y perdurables, uno de esos estremecimientos sugestionantes, corriendo a lo largo de los Andes, desde el Plata hasta México. Algo parecido a lo que años después sucedería con Residencia en la tierra de Neruda, y como ocurre ahora con ciertas grandes novelas —y ya no con la poesía— porque esta parece ser la hora culminante y predominante de la Narrativa.

¿Qué nos queda ahora de la fulguración de esos diamantes de la lengua, en este 1969, cuando tanta agua tumultuosa y oscura viene corriendo bajo los puentes de nuestra vida y la poesía experimenta uno de sus avatares más tremendos; en esta encrucijada de la historia, que va desde la alienación hasta el furor. Hoy ya no se habla de aquella lengua. Nuestra expresión es otra. Nuestra conciencia está preocupada por realidades y problemas humanos tormentosos. Y la poesía vuelve a encontrar —“ni hill novun sun sole”?... — los acentos flagelantes de Ezequiel y de Zacarías.

Queda sí, el fulgor de estrella lejana. Queda la fragancia intacta de sus dones, en las pausas del viento. Y a pesar de que críticos severos hablaron y siguen hablando sobre algunas flojedades... Pero un libro como este, ¿se deshace por eso? Ni todo el cielo es estrella ni todo el cielo es vacío, como dijo Gracián.

No obstante esos compulsivos análisis y estas encarnizadas batallas de las generaciones, Las lenguas de Diamante se levanta sobre el tiempo y las transformaciones actuales como aquellos milagrosos “lirios morados” de su poema, a mirarnos con el hechizo de su gracia y a admirarnos con su encanto imperecedero. Vayan hacia ella nuestras voces fieles, agradecidas. Alabemos en su otoño la primavera de su canto.”

En el mismo suplemento, escribe Ángel Rama:

Hay libros que se incorporan a la vida de una sociedad, la iluminan, dirigen subrepticamente y explican de tal modo, que no es sólo su excelencia estética la que debemos interrogar, sino también el arraigo y la afinidad que han logrado con los conciudadanos. Las lenguas de diamante es una de esas pocas e insólitas obras de nuestra literatura. Más que los inmediatamente anteriores poemas de María Eugenia Vaz Ferreira y Delmira, fueron los de este libro los determinantes del imaginario amoroso que rigió al país durante un largo período, exactamente aquel que correspondió a la “insurgencia femenina”. Y ampliando su imperio sobre la América hispana fue fecundando momentos afines de ese proceso social en distintos países con un acierto y una pureza armónica que no lograron las otras voces femeninas del continente. (Más allá de todo provincianismo, es obvio que si una de esas voces merecía la distinción de un Nobel, no era Gabriela sino Juana de Ibarbourou la legítima destinataria). Ese tiempo—estos cincuenta años transcurridos—fueron los de otras mujeres europeas, las que van de Ana de Noailles a Colette, y del mismo modo que estas han sido reemplazadas en esa función espiritual por otras figuras, como Simone de Beauvoir, es evidente que tal cosa ha ocurrido con la poesía de Las Lenguas de diamante. Pero cuando tal cosa ocurre en este paradójico campo de las letras, es también cierto que hay un elemento sobreviviente que asegura otro modo de permanencia y eso es el arte. Esos poemas son las imágenes pulcras de un idealizado, bello paraíso perdido; al mismo tiempo son, ahora, severos ejercicios de un canto armónico extraordinariamente afinado. Ya comienzan a desprenderse del estilo, la escuela, la madera, de un tiempo demasiado cercano como para ser ya añorado, y al desprenderse de la gramática poética de su época no pierden, sino que ganan, recobran su anatomía, tal como ya ocurriera con Bécquer, con Darío. Integran el museo vivo con que se hace la literatura.

—**Cuando comenzaste a publicar tus poemas, ¿opinaba?**

—Le encantaba de mi primer libro *Sangre de la luz* (1968), el poema *Voz vegetal*, que se lo dediqué. Es muy lumínico y en un momento dice: *y hasta la sombra / de la mosca alumbra*; esos versos le encantaron. En el segundo libro, *Los instantes* (1970), hay un poema titulado *Esqueleto de miedo*, que es un poema muy distinto, con rasgos más surrealistas, más oscuro, que le gustó mucho y también se lo dediqué. Siempre le llevaba poemas nuevos que le leía y ella algunas veces me hacía sugerencias.

—**¿Leía los artículos en los cuales se la mencionara?**

—No estaba pendiente. Quedó conforme con lo que publicó *El País*, con la entrevista de *Marcha* realizada por Ruffinelli. Recuerdo sobre esto último, que no le gustó la caricatura dibujada por Peloduro que pusieron.

—**¿Qué te inspiraba su presencia? ¿Delicadeza más que carácter?**

—Delicadeza, pero carácter al mismo tiempo. Podría considerarse una mujer débil si pensamos en la gente que le aconsejó mal y que ella lo permitió, pero tenía su carácter y eso se demuestra con su obra; tenía mucha seguridad en lo que escribía. En las reuniones de grupo mantenía un perfil bajo, no le gustaba concitar la atención, aunque la tenía sin proponérselo. Poseía una personalidad, era una mujer que emanaba misterio.

—**El silencio y la soledad comienzan a ser parte de ella en forma progresiva.**

—Hay dos etapas en ese aislamiento. La primera, en la que yo participo, la califico de *retraimiento* nada más, me recibía como a otras personas. Iba a su casa, nos hablábamos por teléfono, intercambiábamos libros, se interesaba por las nuevas publicaciones, leía a Simone de Beauvoir, a García Márquez, a Cortázar, a Vargas Llosa. La segunda etapa de este aislamiento viene después, desde el 73 al 79, cuando muere. En este último período no tuve más acceso, aparece la figura siniestra de su hijo en forma determinante. Cuando él entraba, ella cambiaba de expresión, le tenía miedo. Un hijo que la llegó a castigar físicamente. Lo que no pude comprobar, pero es algo que se comenta, es que también él

le conseguía la droga, la morfina que consumía. Nunca pude confirmar personalmente esto último, pero es algo que comentaban todos. Sí sabía que tenía muy mala salud y que podría haber sido producto de la morfina. Los últimos cinco años no pude acercarme a ella. Una vez me crucé con ese hijo y me manifestó saber que yo había sacado un libro sobre *mamá*; le dije que me había resultado imposible llevárselo por no tener acceso a su casa, a lo cual me respondió *mándelo, mándelo*; lo envié finalmente por correo sin saber si le llegó. Él decía haber suspendido el teléfono ante la cantidad de llamadas que recibía su madre; en realidad no era un hombre cuerdo.

—Posteriormente a su fallecimiento, se publicaron algunos poemas inéditos.

—Cuando se cumplió su centenario, la familia me llamó para hacer una edición del material que tenían en su poder. No encontré nada inédito importante; hallé algunos poemas de ocasión, circunstanciales y alguna carta. Sentí que era una falta de lealtad usar estos escritos por lo cual me retiré del proyecto.

A Juana de Ibarbourou le tocó ser postulada al premio Cervantes y al premio Nobel de literatura, ser miembro de la Academia Nacional de Letras y recibir el primer Premio Nacional de Literatura concedido, entre muchas distinciones. Sus libros fueron traducidos a casi todos los idiomas e integran desde hace muchos años el material de estudio de nuestros alumnos escolares. El acto multitudinario donde se la proclamara Juana de América y la permanente peregrinación de intelectuales de todo el mundo por su casa, dibujan una figura que no tuvo comparación ni antes ni después en nuestro país. Todo esto contrasta con la imagen de la anciana escritora que se sentaba en el balcón de su casona sumida en una profunda soledad.

En 1978 Jorge Arbeleche ha sido depuesto de sus cargos como profesor por la dictadura militar que toma injerencia en cada expresión de nuestra cultura. Asiste anónimamente, como espectador, a un homenaje que se le tributa a la poeta en el Paraninfo Universitario. Allí, entre otros, hace uso de la palabra la escritora argentina Victoria Pueyrredón, quien dice haber descubierto un libro sobre Juana de Ibarbourou de un joven poeta. Menciona a Arbeleche sin saber que el escritor está presente entre los concurrentes y observa el acto sin poder participar de él. Pueyrredón se refiere al trabajo publicado por la editorial Arca, Colección *Figuras*. Existe otro libro, por estos años, que

recomienda en Enseñanza Secundaria la antología de Juana realizada por Arbeleche y publicada por Losada: también omite mencionar al autor. Los silencios son impuestos y ahogan los afectos que se expresan en solitario, subversivamente.

Juana de Ibarbourou fallece el 15 de julio de 1979, en pleno invierno montevideano. Un autoritarismo encadena las palabras y la poeta es sepultada con honores de Estado luego de ser velada en el recinto legislativo donde fuera consagrada. Jorge Arbeleche se mantiene alejado del féretro cuando concurre al Palacio Legislativo donde velan los restos de Juana; allí se encuentra con Nancy Bacelo y se retiran juntos del lugar en silencioso duelo. Luego se niega a concurrir al entierro; ha sido destituido de su trabajo como docente por esa misma dictadura que pretende homenajear a Juana. El dolor golpea en soledad al poeta que perdió a la madre que padecía desde hacía mucho esa *sombra en la tierra*.

En el poemario *Perdida*, de 1950, Juana anticipaba en versos:

*Se me acabó lo muerte
Que cultivé hasta ahora,
La muerte de romance o de leyenda,
Tránsito de cinema en alba o sombra,
Deslumbramiento de película.
Curiosidad gustosa.*

*Ahora tengo la muerte
Sin voz, sin ojos, sin color ni cara,
La que no es presencia, ni paisaje,
Ni terrena esperanza
La muerte indefinible
Sin infierno ni cielo.
La que lo toma todo y no da nada:
Muralla del misterio.*